En tiempo de este rey Ahuizotl fueron tantas las aguas que llovió un año que creció la laguna mexicana en grande exceso y cubrió todo el suelo de las calzadas y se cayeron muchas casas de la ciudad y los moradores de ella estaban subidos en tablas y maderos y el rey, que también tenía parte en este anegamiento, andaba muy congojado por no desamparar su ciudad; y envió a pedir a los reyes de Tetzcuco y Tlacupa le favoreciesen como a hermano y compañero; los cuales, como aliados y amigos, vinieron al socorro, y juntando mucha gente de sus reinos hicieron traer madera y piedra y hicieron el albarrada vieja, que divide la laguna salobre de la dulce, que fue de piedra y céspedes y estacas muy espesas y hondas, con que por entonces defendieron que las olas de las aguas no batiesen en las casas y las derribasen. A este anegamiento le sobrevino luego una grande hambre, porque por las muchas aguas pasadas no pudieron coger mucho pan, lo cual les pareció que lo había anunciado un eclipse de sol que hubo. Después de estas calamidades y desgracias fue continuando la guerra contra los que se le resistían y la hizo a los izquixuchitecas, y los venció; luego a los amaxtecas. Metióse la tierra adentro, hacia Guatemala. Llegó a Tecuantepec y rindió y sujetó aquella provincia, y sus ejércitos pasaron a Guatemala (trescientas leguas de esta ciudad) cuyo capitán fue Tliltototl y hizo cosas maravillosas en esta jornada y volvió con mucha pujanza y poder.

CAPÍTULO LXVII. *De cómo Ahuitzotl hizo traer el agua de Coyohuacan (llamada acuecuexatl) con que se anegó la ciudad de Mexico. Y de la muerte que dio al señor de aquel pueblo porque le replicó y contradijo esta traída; y de su muerte*

COMO YA LOS MEXICANOS SE VEÍAN SEÑORES de la mayor parte de este nuevo mundo, ya no se contentaban con las cosas ordinarias que desde sus principios habían tenido y usado; antes, haciéndose antojadizos de otras, procuraban traerlas a la ciudad; y así fue que no contentos con el agua que bebían de Chapultepec pidieron al rey que les hiciese traer la de Huitzilopuchco, que nace dos leguas de ella, de la cual se servían entonces los de Cuyohuacan; para lo cual envió a llamar al principal de aquella ciudad, llamado Tzutzumatzin, que era famosísimo hechicero y habiéndole propuesto el intento, respondió que le suplicaba no tratase de traerla a la ciudad porque no era permaneciente y que muchas veces faltaba; demás de que otras era tanta y tanto lo que crecía, que era posible anegar la ciudad si participase alguna vez de sus avenidas y crecientes, y que el caso era de consideración que lo mirase. Parecióle al rey que todas estas razones eran excusas para no hacer lo que le mandaba y aunque se lo volvió a mandar con imperio, Tzutzumatzin le replicó, y enojado el rey le echó de su presencia. Otro día envió por él, y entendido por el hechicero

a lo que venían aquellos ministros de el rey, les mandó entrar y púsose en forma de una grandísima y terrible águila, de cuya vista espantados se volvieron sin prenderle. Fueron luego otros y viéndolo en figura de tigre lo dejaron y huyeron; y enojado el rey envió otros terceros, a los cuales se les mostró en forma de una sierpe horrible y espantosa, de que huyeron espantados de su vista. Airóse el rey de estos embustes y envió a amenzar a los del pueblo, que si no se lo llevaban los asolaría y pasaría a todos a cuchillo. Ellos, forzados del mandamiento de el rey, lo llevaron y le mandó dar garrote, que era muerte de señor.

Muerto Tzutzumatzin mando Ahuitzotl abrir un caño y trajeron el agua con grandes ceremonias y supersticiones, yendo unos sacerdotes incensando a la orilla del caño; otros sacrificando codornices y untando con su sangre las paredes de la zanja o atarjea; otros tañendo caracoles y haciendo música al agua, llevando uno de los ministros de Chalchiuhtlatonac (diosa del agua) vestidas sus ropas, fingiendo ser ella la que la llevaba; y todos iban saludando al agua y dándola la bienvenida. De esta manera llegó el agua a Mexico; pero muy poco después se arrepintieron, porque luego comenzó a crecer y a henchir la laguna y estuvieron a pique de anegar la ciudad (como el otro había dicho); y viendo los mexicanos su daño levantaron el suelo de sus casas; pero no bastó el remedio porque como el agua no duerme, ni suspende jamás su curso natural, iba creciendo a muy gran priesa y con muy gran pujanza y llegó a término que ya no había calles en la ciudad por donde pudiesen andar por tierra; y todos se servían de canoas o barquillas en que andaban por el agua. Estaba el rey Ahuitzotl un día recogido en un aposento bajo, dentro de lo más secreto de su casa, y entró repentinamente, por la puerta, un golpe de agua que lo asombró; y pensando que se anegaba quiso salir con priesa. Era la puerta baja por lo cual sucedió que sin advertirlo, se dio un golpe en el cerebro, de que estuvo muy malo; y de aquí le procedió una enfermedad de que vino a morir a los tres años siguientes. Con esta turbación que las aguas le causaban, bien arrepentido de haberlas traído a la ciudad, y no hallando remedio, quiso favorecerse del rey Nezahualpilli (que era muy ingenioso) y envióle a suplicar se doliese de él y de su ciudad y de sus pobres mexicanos y que le pedía diese alguna traza como atajar el agua que le anegaba. Nezahualpilli, que era mañoso para cualquier cosa de dificultad, vino en persona con muchos de sus oficiales y fueron al lugar de las aguas y con grandes industrias del rey se cerraron los ojos y manantiales y cesó la avenida que anegaba a Mexico. No sé cómo Acosta, tratando la vida de este rey, no trata de Nezahualpilli que fue el que hizo lo que queda dicho; si ya no es que como no trató más que de mexicanos le pareció superfluo tratar de otra cosa.

Después de este anegamiento y enjutas las aguas dio Ahuitzotl en fortificar más los edificios de la ciudad (porque era muy gran republicano) y para esto descubrió la cantera de la piedra liviana que llaman tezontli (que parece que Dios la puso allí para el remedio de los edificios de este suelo, que como tan aguanoso tiene necesidad de piedra tan liviana y aun con ella es menester Dios y ayuda). Para el sacar de esta piedra se hizo llama-

miento de toda la comarca; y así fue mucha la que se sacó en muy breve tiempo; y lo primero que hizo fue terraplenar el suelo del patio del templo de Huitzilopuchtli y levantarlo de piedra y cal, que fue obra grandiosa. Luego reparó sus casas y palacios; y de aquí tomaron motivo todos los pueblos de la laguna y aun los de la tierra firme de hacer de piedra lo más de sus casas; y así se renovaron todos los edificios y se ennobleció de ellos esta ciudad y todas sus convecinas. Fueron los tres reyes después de todo esto sobre la provincia de Tlacuilollan y trajeron mil y doscientos cautivos que sacrificaron a los demonios. Rebeláronse los de la provincia de Huexotla (en la Huaxteca) y saltearon a los mayordomos y oficiales que traían los tributos reales a México y a Tetzcuco y se habían alzado con ellos; fueron contra ellos y tuvieron gran dificultad en allanar esta gente; pero al fin los vencieron y castigaron a los culpados y se volvieron a sus casas victoriosos. Otras guerras hizo este rey contra los xaltepecas y otras gentes con que ensanchó sus reinos y engrandeció su nombre y quedó muy poderoso y ya reconocido cuasi en toda Nueva España; y cuando había de gozar de sus victorias, vino la muerte a mostrarse (como siempre) vencedora. Adoleció gravemente de achaque del golpe que se dio en el celebro cuando salía huyendo de el agua en el anegamiento que hubo tres años antes en esta ciudad. Y no valiéndole remedios humanos, murió a los diez y ocho años de su imperio, dejando sus gentes lastimadas con la pérdida de tan gran señor y rey.

CAPÍTULO LXVIII. *De la elección y nombramiento de el gran emperador Motecuhzuma, segundo de este nombre, en este imperio mexicano*

OTECUHZUMA (aquel grande emperador mexicano en cuyo tiempo entraron en estas sus tierras nuestros españoles) fue hijo de el rey Axayacatl y sobrino de los reyes Tizoc y Ahuitzotl sus antecesores. Y muerto este dicho rey Ahuitzotl trataron los mexicanos de poner en su lugar otro, que imitando sus hechos, le pareciese en la grandeza y valentía; y para esto habiéndolo tratado y conferido entre sí, pusieron todos los ojos en Motecuhzuma. Era este excelentísimo varón de suyo muy grave y muy reposado, y por maravilla se le oía hablar y cuando hablaba en el supremo consejo (de el cual él era) ponía admiración su aviso y consideración; por lo cual aun antes de ser rey era temido y respetado. Estaba de ordinario recogido en una grande sala (o calpul) que tenía para sí señalada en el gran templo de Huitzilopuchtli, donde, decían, que le comunicaba mucho su ídolo hablando diversas veces con él; y así presumía de gran religión y devoción. Con estas partes y con ser nobilísimo y de grande ánimo fue su elección muy fácil y breve como en persona en quien todos tenían puestos los ojos para tal oficio. Dicen que cuando murió Ahuitzotl estaba en la provincia matlatzinca, que es en el valle de Tolucan, nueve leguas de